

DOSSIER / ARTÍCULO

Garriga Zucal, José Antonio (2014). “‘Por el pancho y la coca’. Apuntes sobre las representaciones del trabajo entre los policías de la provincia de Buenos Aires”, *Papeles de Trabajo*, 8(13), pp. 34-53.

RESUMEN

En este texto analizaremos dos representaciones del trabajo policial entre los uniformados de la provincia de Buenos Aires: el desinterés y el sacrificio. Ambas nociones movilizan estrategias de presentación de los uniformados y de la institución que tienen como objeto juzgar al mundo policial y sus relaciones. En la medida en que remarcan sus tareas como riesgosas y ajenas al afán de lucro, el sacrificio y desinterés son representaciones valoradas positivamente. Así, son puestas en escena para definir moralmente prácticas y representaciones. Repertorios de distinción que forman límites moralizantes, recursos que validan la ocupación de anheladas posiciones sociales.

Palabras clave: *Policía, moralidad, trabajo, sacrificio, desinterés.*

ABSTRACT

In this paper we analyze two representations of police-work among policemen of the province of Buenos Aires, focused on selflessness and sacrifice. We will show that these notions mobilize self-presentation strategies that are intended to evaluate the world of policemen and their relationships. Since they stress police duty as both risky and not motivated by profit, sacrifice and selflessness are positively valued representations, that are used to stage and define moral practices and representations, contributing to a repertoire of distinction that trace moral boundaries which work as resources that validate the occupation of desired social positions.

Key words: *Police, morality, work, sacrifice, selflessness.*

Recibido: 2 / 10 / 2013

Aprobado: 12 / 03 / 2014

“Por el pancho y la coca”

Apuntes sobre las representaciones del trabajo entre los policías de la provincia de Buenos Aires

por **José Antonio Garriga Zucal**¹

“El verdadero policía”

Un fantasma recorre la policía de la provincia de Buenos Aires. Un espectro que define qué es un buen profesional. Para esta definición, un policía, un “verdadero policía”, es quién guiado por su valentía combate, sacrificada y desinteresadamente, el crimen. Dicho modelo difícil de encarnar, por la multiplicidad de variables que ensambla, configura un “deber ser” con el que los policías dialogan cotidianamente. En estas páginas desmontaremos dos de los ejes que forman este ideal: el desinterés y el sacrificio.

Ambas nociones movilizan estrategias de presentación de los uniformados y de la institución que tienen como objeto juzgar al mundo policial y sus relaciones. En la medida en que remarcan sus tareas como riesgosas y ajenas al afán de lucro, el sacrificio y desinterés son representaciones moralmente positivas. Así, son puestas en escena para definir moralmente prácticas y representaciones.

¹ Doctor en Antropología social, investigador del CONICET y docente de la Universidad Nacional de San Martín. Contacto: garrigajose@hotmail.com.

Repertorios de distinción que forman límites moralizantes, recursos que validan la ocupación de anheladas posiciones sociales.

Desde el 2009 realicé una investigación entre miembros de la policía de la provincia de Buenos Aires que tiene como objeto analizar las definiciones de violencia desde la óptica de los agentes de la fuerza. En este período realicé trabajo de campo en dos comisarías, una de zona norte y otra en las afueras de La Plata, y más de treinta entrevistas abiertas y no estructuradas, diez de ellas extensas historias de vida, con policías de distintas jerarquías. Proponemos en estas páginas analizar a partir de este trabajo cómo estas figuras morales son diferencialmente utilizadas según las relaciones sociales y los contextos, lo que muestra los límites relacionales de estos recursos simbólicos. Existe en el mundo policial una pluralidad de formas distintas y distintivas de ser un buen profesional. Según la jerarquía, la edad, el género y la pertenencia social, los policías se ubican en distintas posiciones dentro del entramado sociolaboral y desde esas diferencias se vinculan diferencialmente con su profesión. Sin embargo, esas diferencias se opacan ante las representaciones que enuncian lo que define a un buen policía. Aunque la diversidad es la particularidad dentro del mundo policial, existen representaciones que se configuran como arquetípicas y ordenan interacciones que con frecuencia se repiten en la divergencia. Irrumpe entre nuestros informantes un ideal policial, una forma de ser: “verdadera”, distintiva y característica. Múltiples visiones del hacer profesional que se encuentran con un mandato que estipula cómo deben ser los policías. El modelo es entonces una especie de representación ejemplar, un *exemplum* (Humphrey, 1997), una definición moral de lo que debería ser un buen policía: el “verdadero policía”.

No está de más decir e insistir en que el “verdadero policía” no existe, es parte de un imaginario, una representación que ordena el mundo laboral policial. Difícil, diríamos casi imposible, que un actor pueda personificar las propiedades que, según ellos, caracteriza al grupo. Sin embargo, el modelo es útil porque ordena un sistema de relaciones laborales. Esta representación establece coherencia y orden en un universo laboral sumamente fragmentado, caracterizado por la diversidad de actores. Emerge así un modelo de presentación y representación unificado, totalizador, que se sostiene en la distinción con los no uniformados (Sirimarco, 2009). Imagen ideal del hacer policial que edifica la deseada distinción para con la sociedad. Este modelo es el resultado de las interacciones sociales que se dan cita en la institución policial; vínculos formales e informales que impone un esquema de acción a los actores. Abordaremos lo que los actores hacen con este esquema y cómo es, a veces, tomado como técnica de autorepresentación. Proponemos en estas páginas analizar estos dos criterios que usan los policías de la provincia

de Buenos Aires para evaluar sus acciones y las de sus compañeros con la meta de presentarse como buenos profesionales. Pretendemos, entonces, un estudio sobre la pluralidad de lógicas de presentación que los actores utilizan y sus límites relaciones.

“No tenemos vida”

Recurrentemente, nuestros informantes, presentan sus labores cotidianas bajo la noción de sacrificio. Dos diferentes, pero conectados, sentidos inundan sus conversaciones. Por un lado, una y otra vez, los uniformados muestran el uso y el abuso que la institución hace de su tiempo vital. La policial no es una profesión más, ya que las condiciones laborales requieren una apropiación total del tiempo del trabajador. Por otro lado, el peligro que engloba el hacer laboral presenta a los uniformados como donantes generosos del bien máspreciado, la integridad física y, en el peor de los casos, hasta la vida misma. En ambos casos, el don entregado, el tiempo y la vida, es presentado como desinteresado, cuestión que analizaremos en el próximo apartado.

El tiempo entregado a la institución es para nuestros informantes consumido en horarios abusivos y en puestos laborales lejanos a sus hogares que los obligan a realizar largas travesías hasta llegar a sus destinos. No todos los uniformados tienen el mismo régimen horario, algunos trabajan 24 horas y descansan 48, y otros trabajan ocho horas diarias. En ambos casos, suelen en su gran mayoría realizar horas extras² para mejorar sus ingresos, lo que incrementa ostensiblemente la jornada laboral. Extraños son los casos, casi excepcionales, de aquellos trabajadores que terminan su horario y regresan a sus hogares. Ariel sostenía que los policías ganaban una miseria y que si él no incrementaba su sueldo con “adicionales” no llegaba a cubrir sus gastos. Ariel, un suboficial³ con siete años en la fuerza, señalaba que esta necesidad lo alejaba de su hogar y que le impedía compartir tiempo con sus pequeños hijos.

Además, nuestros interlocutores cuentan que por los avatares de sus tareas son muchas las veces que tienen que quedarse en sus puestos cumplida su jornada. “Siempre pasa algo” explicaba Gabriel, al contar que

2 Las denominadas horas CORES (compensación por recargo de servicio) y el servicio de policía adicional de (POLAD) son horas de trabajo que se realizan y son remuneradas independientemente del servicio ordinario.

3 La Policía de la Provincia de Buenos Aires está estructurada en dos escalafones, oficiales y suboficiales, con distintos subescalafones. (Ley 13.982, ver: <http://www.gob.gba.gov.ar/legislacion/legislacion/1-13982.html>, documento disponible en la página web del Ministerio de Jefatura de Gabinete de Ministro de la provincia de Buenos Aires: http://www.gob.gba.gov.ar/dijl/DIJL_buscaid.php?var=53057).

cuando sus jornadas laborales finalizaban invariablemente alguna cuestión lo demoraba. Este suboficial que realizaba trabajo de patrullaje decía que su día era impredecible, que nunca sabía bien a qué hora terminaba. Eventualidades varias, ausencias de compañeros y pedidos especiales de los superiores son los motivos más mencionados entre los uniformados para dar cuenta de este desmedido uso del tiempo que hace la institución.

Nuestros informantes relatan tareas abnegadas, extensas y tediosas jornadas que los alejan de sus seres queridos y de las actividades ociosas que otrora, antes del ingreso a la fuerza, les apasionaban. Para ser policía se requiere esta ofrenda. Las voces de nuestros entrevistados se repiten: explican que las jornadas laborales los obliga a renunciar a los afectos y a las pasiones, indican haber relegado “su vida”. Ariel repetía: “los policías no tenemos vida”, en clara referencia a que su profesión invade todos sus tiempo vitales.

La conquista del tiempo que hace la institución es uno de los motivos que encontraba Raquel para justificar que haya tantos matrimonios entre compañeros de trabajo. Raquel, una joven suboficial que realizaba tareas administrativas en la comisaría, afirmaba que solo los pares, compañeros de oficio, podían tolerar las extrañas condiciones horarias en una potencial pareja. La experiencia de sufrir o haber sufrido estos usos del tiempo. En la misma corriente de razonamiento, Elpa, un subcomisario con muchos años en la fuerza, contaba los conflictos que tenía con su mujer, una abogada, quién sospechaba constantemente infidelidades cuando las tareas policiales lo sorprendían en horarios no convencionales. Elpa nos contaba que ante un hecho delictivo tuvo que quedarse en la comisaría hasta entrada la noche y que al regresar a su hogar fue maltratado por su mujer quien pensaba que su pareja había estado de juerga con prostitutas. Muchos policías que se han separado culpan a la institución de sus fracasos matrimoniales, ya que las condiciones laborales impiden, para ellos, una vida normal.

Así, nuestros informantes afirman consumir sus horas en las actividades de una profesión que se transforma, por fuerza de esta invasión, en un estilo de vida. Es más, esta invasión tiene en la noción de *estado policial*⁴ un fuerte arraigo. Desde su ingreso, a los policías les enseñan que

4 Existe un componente de la legislación policial que determina que el trabajo policial sea concebido como de tiempo completo: el Estado Policial. En la legislación es definido como: la “situación jurídica resultante del conjunto de deberes, obligaciones y derechos que las leyes, decretos y reglamentos establecen para el personal en actividad o retiro”. Si bien este estado ha sido flexibilizado a través de una Orden del Día Interna que habilita a los funcionarios a no portar el arma cuando se encuentren fuera de servicio o de licencia, los policías consideran que el suyo es un trabajo de tiempo completo y que para realizarlo no pueden prescindir de esta herramienta esencial que se les ha otorgado. Ley N° 21.965. Art 3: Se trata de la “situación jurídica resultante del conjunto de deberes, obligaciones y derechos que las leyes, decretos y reglamentos establecen para el personal en actividad o retiro”.

su profesión es una actividad de tiempo completo, que sus obligaciones como funcionarios públicos, que sus deberes para con la sociedad no se terminan con el horario laboral. Esta noción es aceptada de tal manera que estos trabajadores sostienen que fuera de su horario de trabajo están obligados a trabajar. Cuestión que les permite afirmar, con más ahínco aún, que ellos: “no tienen una profesión sino que son una profesión”. Un subcomisario, Mario, nos narró un hecho que permite iluminar este punto. En una oportunidad cenaba en un restaurante con su esposa cuando ladrones entraron a robar. Tres “cacos” empezaron a pedir las pertenencias de los comensales mientras a los gritos amenazaban con matarlos. Vestido de civil sintió que debía intervenir y se tiroteó con los ladrones. Mario dice ser policía las veinticuatro horas. Innumerables son los casos en que los policías cuentan y recuerdan sus gestiones como policías más allá del tiempo estipulado como laboral. Son numerosas, también, las veces que recuerdan, con una dosis de culpa entre sus palabras y gestos, la inacción ante hechos que los convocaba como policías y esquivaron para no ponerse en peligro o incluirse en engorrosos dilemas burocráticos. La culpa es aquí el dato que ilumina cómo nuestros informantes sienten que sus actividades profesionales son de tiempo completo.

El estado policial bosqueja una labor ininterrumpida, constante y permanente. Así, lo policial deja de ser una profesión para ser una forma del existir. El *estado policial* es testimonio del sacrificio, muestra del tiempo policial que penetra en la integridad existencial. Por ello, para nuestros informantes, ser policía requiere de una mutación ontológica. Al ser el policial un trabajo de tiempo completo requiere que las destrezas del ser policial se incorporen y formen parte de su ser. Mauricio, un joven sargento, nos contaba que al tiempo de entrar en la fuerza fue incrementando su atención sobre ciertos hechos, que pasó de ser una persona desatenta, a mantener una atención constante para discernir situaciones que podían ser definidas, para él, como extrañas. Él afirmaba:

... yo ahora tengo conversación con la gente, pero no es que no quiera mirar a la cara pero sino que estoy continuamente observando, observando, hay veces que me disculpo y digo “mira no es que no te quiera mirar sino que hoy...” estoy así estoy hablando con vos y estoy continuamente mirando.

Notamos como los policías aprenden a mantener una atención constante, vigilancia continua, aguda y perspicaz. Mauricio nos dice que desde sus inicios en la fuerza había aprendido a estar atento; antes vagaba distraído y despreocupado, estado de distracción imposible para un policía. Este cambio lo capacitó para discernir las posibles situaciones de peligro. El relato de Mario tiroteándose en un restaurante también nos empuja hacia esta senda. Él asegura que los ladrones

reconocen a los policías y dice que de ser reconocido corría peligro, esa articulación de saberes lo puso ante la necesidad de intervención. La intervención motivada por el miedo a ser reconocido como policía y ser asesinado ejemplifica el *estado policial*. Mario es un profesional de tiempo completo, no por el efecto de la ley sobre la conformación de la subjetividad sino por la incorporación de un mundo de saberes. El sacrificio es representado como mutación y cambio identitario que los diferencia del no policía. Esta mutación es testimonio del abandono de la vida civil, evidencia de un límite para con el resto de la sociedad. El sacrificio es la representación en términos morales de una frontera.

Debemos, ahora, analizar la segunda dimensión sacrificial, aquella que está vinculado a los riesgos del hacer policial. Para nuestros interlocutores la profesión policial es sumamente riesgosa. Los policías afirman convivir con el peligro. Una y otra vez, Gabriel decía que su trabajo era un trabajo en el que no sabía a qué hora regresaba a su casa ni si regresaba. El va-ho del peligro entrecruza las labores policiales. Los policías que realizan tareas de seguridad y prevención en las calles, como Gabriel, recuerdan situaciones de riesgo o relatan potenciales peligros a los que estuvieron expuestos. Aquellos que no realizan tareas de vigilancia en las calles, como Raquel, también, sostienen que su profesión es sumamente riesgosa. Basan su argumento en recuerdos de sus tareas en las calles o en los relatos de compañeros que por el hecho de vestir uniforme en la vía pública experimentaron situaciones que ponían en vilo su integridad física.

El recuerdo de los compañeros muertos o gravemente heridos testimonia el discurso del peligro. Las referencias institucionales y de los uniformados a los caídos en “actos de servicio” se repiten acentuando la noción de sacrificio. El sacrificio, sacraliza el trabajo policial, crea un dispositivo que los diferencia y distingue de otras profesiones terrenales. Mauricio describía una de sus primeras experiencias patrullando y nos interiorizaba en un mundo de emociones.

Todo fue una... en realidad, bueno, hubo quilombo en la villa, le pegaron un par de palos a los patrulleros... hubo un par de cosas. Me quedé un poco nublado en ese día, fue mi primer día, fue mi primera cosa. Un compañero mío que le pegaron... nosotros más o menos lo cubrimos... eh... pero fue emocionante, fue lindo. Lo que otros por ahí verían que... como que se escaparían y dirían “no, yo mira el quilombo este en una villa, me voy, no quiero saber nada”, en el sentido de la vida civil ¿no?, y para mí era algo emocionante, algo lindo, qué se yo, no sé cómo explicarte, pero es así como te lo estoy explicando...

El *estado policial* como distancia de lo “civil” es una representación efectiva de una diferencia. La emoción del hacer policial, labor heroica y audaz, se contrapone al mundo civil monótono. Ahora bien, el compromiso para con la sociedad que exige una vida de peligros debe, para

nuestros informantes, una admiración social que es sumamente esquiva. Los policías sostienen arriesgar sus vidas para defender a la sociedad del delito, conjurar los peligros sacrificando su integridad, y como moneda de cambio de descomunal don, el desconocimiento. Aunque el desconocimiento del sacrificio hiera la autoimagen policial y descubra la interesada búsqueda del reconocimiento a la entrega, nuestros interlocutores, aseguran que la dádiva para con la sociedad no busca ninguna retribución, surgiendo así las nociones de desinterés.

“Por el pacho y la coca”

Una y otra vez, nuestros informantes, vinculan sus magros salarios con los peligros del hacer policial para finalizar remarcando la noción de sacrificio. La presentación que hacen de sí mismo los uniformados subraya la desinteresada ofrenda que realizan para el bien de la sociedad. Desinterés que es desvalorizado por una sociedad que los estigmatiza, al tratarlos como corruptos o ladrones.

El trabajo policial se presenta, institucionalmente, como un servicio a la comunidad. Entre las condiciones que la policía define como favorables para el ingreso a la fuerza está la vocación de servicio. Estas nociones de asistencia y gracia son aprehendidas y repetidas por los oficiales y suboficiales de la policía bonaerense. Una dádiva de los policías para con los ciudadanos.

La noción de desinterés de nuestros interlocutores está referida al interés material. Sostienen que no buscan con el ingreso a esta fuerza de seguridad un beneficio económico, que trabajan por poco dinero. “Laburamos por el pancho y la Coca” me dijo Vito, un suboficial, que se encarga de arreglar los patrulleros en una comisaría. Las palabras de Vito articulaban una queja, que en él era constante, por su bajo salario con una resignación que servía para testimoniar la dosis de desinterés material que recubre el hacer policial.

“No ganamos nada” murmuraba Carlos, enojado, cuando comparaba su salario con el de otros trabajadores. Su enojo crecía cuando comparaba los peligros del trabajo policial con el salario que cobraba un chofer de un camión o un basurero. Sandra, una teniente con más de veinte años en la fuerza presentaba la misma idea que se mezclaba, no con el riesgo como Carlos, sino con la falta de reconocimiento. Sandra afirmaba: “Es muy frustrante porque no se cobra bien y te voy a decir una cosa, la hora core está \$6,80, una empleada doméstica que te cobre por hora con alguna recomendación está a \$10”. Lo frustrante era la ausencia del reconocimiento. Continuaba comparando lo que gana una depiladora por hora con los que los policías cobran por servicio adicional y cerraba

su argumento dando cuenta del desconocimiento. “Así que es tan humillante, es tan humillante, porque uno tiene 22 años de servicio, tiene dos estrellas ¿Y vos te pensás que la gente sabe lo que es un teniente? No”. Sueldos flacos, comparativamente denigrantes, vigorizan los enunciados que sostienen la noción de desinterés articulados con el desconocimiento del sacrificio.

Esta aparente contradicción, lamentarse por las remuneraciones exiguas y señalar estas mismas como marca distintiva de la policía, se repite constantemente en nuestros informantes. Y la contradicción es aparente porque para los policías no existe remuneración que pueda compensar el tiempo y el riesgo que insume la labor policial. Finalmente, como surge de las palabras de Sandra, parece ser que no es una cuestión de remuneración sino de valoración de las abnegadas y peligrosas tareas policiales.

Florece, así, la *vocación* como argumento que justifique este desinteresado sacrificio. Muchos de nuestros informantes solo pueden explicar su pertenencia a la policía como parte de un espíritu vocacional. Los uniformados según esta lógica ingresan a la fuerza con el objeto de combatir la delincuencia, con gusto por el hacer policial y amor por la profesión. A sabiendas que dicha profesión no es un trabajo ordinario, sino una fuente inagotable de riesgos y que la paga es mala sostienen que solo una profunda vocación de servicio puede justificar el deseo de ser parte de la policía.

Representaciones relacionales

Hasta aquí hemos observado como aparecen las nociones nativas de desinterés y sacrificio. El “verdadero policía” es un modelo de clasificación del mundo laboral. Modelo de distinción del buen policía respecto a civiles y delincuentes. Ahora bien, estas nociones funcionan como una matriz que se usa diferencialmente según las relaciones sociales. Proponemos en este apartado estudiar las posibilidades de uso de estos enunciados morales según las relaciones sociales; para ello, analizaremos el uso de esta matriz en cuatro tipos de situaciones-interacciones diferentes.

La primera, cuando los policías se relacionan con interlocutores poco entendidos del hacer policial esta matriz funcionan para valorar positivamente el trabajo policial. La lógica de la entrega desinteresada, del don puro, se usa estratégicamente para posicionar al mundo policial en un entramado social, que frecuentemente, interpreta a este como corrompido y deshonesto. Así, la producción y reproducción de las nociones de sacrificio y desinterés anhelan descontaminar lo contaminado. Ubican al mundo policial en un entramado societal que no valora positivamente sus labores y por eso deben vanagloriar sus acciones.

En estas relaciones se fortalece la figura del héroe policial, aquel que expone su integridad física para que el resto de la sociedad pueda vivir en un marco de seguridad. Una publicación del ministerio de seguridad de la provincia de Buenos Aires editado en el año 2002 reúne catorce testimonios de policías heridos en servicio. El libro ya desde el mismo título, se denomina *Con Honor y dolor*, ilumina el carácter sacrificial del hacer policial. Las palabras iniciales de esta publicación ponen en escena los tópicos aquí analizados, allí dice: “*Mis únicos héroes vivos* es un homenaje a todos los funcionarios policiales de la provincia de Buenos Aires discapacitados a consecuencia de las heridas sufridas en servicio”. Las heridas y discapacidades son el testimonio de la entrega policial para con la sociedad. El sufrimiento de los uniformados heridos se convierte en prueba metafórica del don institucional.

Como ejemplo extremo del heroísmo irrumpen las imágenes del martirio. En muchas comisarías placas de bronce recuerdan a los policías asesinados en acto de servicio. Ubicados en los espacios donde transita el público estos homenajes buscan la evocación societal del sacrificio policial.⁵ El mismo objeto tiene la enumeración de los caídos en servicio que aparece en la página web del Ministerio de Seguridad de la provincia de Buenos Aires.⁶ Un extenso listado que evoca en clave de homenaje el recuerdo de los uniformados muertos. La muerte policial argumento superlativo del Sacrificio está sólidamente emparentada a la noción de desinterés, ya que no existe remuneración que pueda amortizar el costo de una vida. Como sostiene Galeano (2011), la muerte policial, la figura del caído, refuerza los límites de una distinción centrada en la gramática de la lucha contra la delincuencia. El enfoque histórico de Galeano analiza cómo la construcción de las figuras heroicas buscaba afianzar los sentidos de pertenencia de los uniformados para con la institución al mismo tiempo que remarcaba el carácter sacrificial del oficio policial como moneda de distinción para con el resto de la sociedad y con los delincuentes.

Los enunciados que sustentan ideas de sacrificio y el desinterés se muestran vigorosos y sin fisuras ante los interlocutores que están por fuera del mundo policial. Hathazy (2006) señala que entre los policías de la guardia de infantería de la policía de Córdoba, el sacrificio, como entrega a la institución genera una distinción moral. La entrega policial como don dignifica al distinguir y también distingue al dignificar.

5 Es necesario mencionar que la evocación societal no es el único objeto de estas interpelaciones a la memoria policial, ya que el heroísmo y el martirio son excelentes cimientos para la construcción de un espíritu de cuerpo, tema que escapa de los intereses de este artículo.

6 El listado se encuentra desactualizado, ya que sus últimas entradas fueron hechas en el 2010. <http://www.mseg.gba.gov.ar/mjysseg/fallecidos/fallecidos.htm>.

Lo sacrificial asociado a la disciplina, al servicio desinteresado, se conforma como un valor moral positivo. Contracara de los actores que están por fuera del mundo policial asociados estos al hedonismo, al interés y a la indisciplina. Obviamente que puertas adentro del mundo policial ambas nociones son utilizadas con matices y ajustes propios de cada relación, proponemos analizar ahora algunos de estos usos.

En el segundo tipo de interacciones, los uniformados sostienen que el trabajo policial es el del riesgoso combate contra la delincuencia. Hábil y constantemente promueven este perfil: los peligros acechan en la lucha contra la delincuencia. Ahora bien, esta estrategia de promoción oculta la diversidad del trabajo policial. Quedan opacas las tareas administrativas y las numerosas labores cotidianas que no tienen nada que ver con las intervenciones de riesgo. De hecho, buena parte de las labores policiales están relacionadas con la intervención en problemas domésticos y conflictos familiares. El perfil policial que bosqueja la noción de sacrificio al lidiar con el peligro encuentra los límites de esa presentación al encontrarse con interlocutores entendidos sobre la cotidianidad laboral.

La matriz del sacrificio, vinculada con el riesgo, nos permite desnudar las diferencias internas entre oficiales y suboficiales. Los riesgos y peligros están dentro del mundo policial asociados al trabajo en “la calle”, trabajo que hacen en su mayoría los suboficiales. Las tareas administrativas, alejadas de la acción rutinaria de prevención y lucha contra la delincuencia, son comúnmente realizadas por los oficiales. Así, las labores que parecen definir el hacer policial, enlazadas al peligro, están de buenas a primeras, en manos del personal subalterno. Estos usan estas representaciones para valorar su trabajo y descalificar el de los oficiales. Las tareas administrativas requieren, según nuestros informantes, saberes técnicos, conocimientos burocráticos, es decir, un trabajo de tipo intelectual plasmado en labores rutinarias, apacibles y sosegadas. Un suboficial, cuya cotidianidad laboral era la opuesta, repetía que el trabajo administrativo era “tranquilo”. Sus palabras no eran despectivas para con sus compañeros pero desnudaban que en la división de tareas el trabajo administrativo no era peligroso. Trabajar en un patrullero o caminando, hacer un allanamiento o identificar a un sospechoso son tareas que, a sus ojos, ponen al policía ante posibles apremios.

Sin embargo, esta matriz se vuelve más compleja en sus usos cotidianos. Muchos oficiales tienen experiencias en el trabajo de “calle” y/o en situaciones de enfrentamiento, vivencias que utilizan para ejemplificar el riesgo y el sacrificio. Vanesa, es oficial pero siempre prefirió hacer las labores más riesgosas. Tira por tierra, así, las nociones que suponen que los oficiales hacen tareas administrativas y los suboficiales la “calle”. Vanesa, nos decía: “yo soy policía y soy policía en todos lados y en todas las cosas, hago todo yo. Eso fue mío una cosa para superarme yo.” El trabajo en la

“calle”, representado como la verdadera tarea del hacer policial, aparece casi vedado para los oficiales pero no siempre es así. Vanesa puede hacerse de esta matriz para valorar sus prácticas frente a sus compañeros, ubicar sus acciones en un campo positivado y definirse como “policía”.

Raquel, quien trabaja en una pequeña oficina pintada de verde agua, no puede ante sus compañeros que hacen trabajos en la calle hacer del riesgo un bastión que enuncia positivamente sus tareas. Puede y lo hace, ante nosotros recordar sus épocas de “calle”, evocar peligros y miedos de antaño. Pero ante sus compañeros que hacen estas tareas calla. Ella es una suboficial que, beneficiada por un acuerdo de su pareja, un oficial, y el comisario, consiguió un trabajo “tranquilo”, alejado de todo peligro.

Sin embargo, Raquel puede usar el recuerdo de sus años en la calle como prueba de su sacrificio y por ende de la pertenencia al modelo policial. El alemán, un suboficial que luego de muchos años en la calle consiguió tareas más sosegadas en cuanto al tiempo y el peligro decía que él quería un destino “tranquilo” para sus últimos años laborales antes de jubilarse. En varias charlas El Alemán, irónico apodo de sus compañeros por su tez oscura, recordó riesgosas persecuciones y destinos peligrosos, prueba de un pasado sacrificial que justifica su presente sosegado. Su pasado es la evidencia de su posición dentro del ideal de policía, su pasado lo distingue de la monotonía de la vida civil y lo vincula con sus compañeros que aún hacen calle.

El tercer tipo de situación se centra en el carácter sacrificial del hacer policial, aquel que está vinculado al peligro y, por ello, diferencialmente distribuido entre los policías según las tareas y las jerarquías, por lo que acontece algo similar respecto del uso y el abuso del tiempo.

Los uniformados que realizan tareas administrativas, con un régimen horario de ocho horas, al que se le suman extras, encuentran ante sus compañeros con otros regímenes más abusivos menos argumentos para hablar de sacrificio en torno al tiempo vital. Es así que buena parte de estos trabajadores tienen horarios similares a otros empleados del Estado y no sufren de los abusos institucionales para con su tiempo. Nuevamente la división entre oficiales y suboficiales reproduce, con las excepciones que a continuación exhibiremos, las diferencias entre trabajos “tranquilos” y sacrificados. Las tareas administrativas no solo son sosegadas respecto al peligro, sino también a las condiciones horarias. Elpa iba para la comisaría todas las mañanas; la mayoría de las veces, llevaba facturas que compartía con los que entraban a su despacho mientras tomaba mate. Leía el diario y los papeles que les llevaban los uniformados, charlaba con unos y otros en tono ameno mientras ordenaba las tareas diarias de sus subordinados. Muchos mediodías comía en la comisaría, algunas veces hasta cocinaba él y luego por la tarde se iba. En caso de acontecimientos que lo requieran

Elpa debía volver y, salvo por esas veces, su vida transitaba los caminos del ocio y otras actividades laborales. La jerarquía ordena los tiempos laborales y da a los oficiales de mayor rango libertades que no tienen sus compañeros. Ahora bien, estas libertades temporales son en la mayor parte de los casos concebidas como una recompensa por haber transitado muchos años en la institución policial. Este tránsito es el recorrido por el camino sacrificial. Pero no solo los oficiales tienen estas posibilidades a su alcance. Una vez más observamos que el abuso institucional sobre la temporalidad de los uniformados es construido como señal de pertenencia y marca de diferenciación. Seguimos así la línea de interpretación apuntada por Ugolini (2009), quien sostiene que el régimen horario produce y reproduce identificación entre pares y construcción de una alteridad distintiva. Este régimen temporal orienta el discurso policial en la senda del sacrificio y aleja toda posibilidad de pensar sus tareas como trabajo.

Ahora bien, esta matriz de distinción es manipulada según los actores de maneras disímiles. Carlos tiene ocho años en la fuerza y es un suboficial que trabaja 24 horas seguidas, que cumple, según él, todas en la calle. Además hace adicionales en un ente municipal donde se recauda dinero. Dice estar cansado y extrañar a su familia. Según él, se queda dormido en todos lados, “estoy muerto” susurra con una mueca sarcástica entre los labios. Carlos presenta su sacrificio como una etapa en su carrera profesional, sostiene que tiene que pagar varias deudas y que, por ello, toma más horas de las que su cuerpo aguanta. Además, afirma que están por ascenderlo y que sus condiciones laborales pronto cambiarán. El sacrificio diario de Carlos es la contracara del trabajo de Raquel, quien trabajaba en su escritorio las ocho horas que le correspondían más las adicionales, su jornada laboral transitaba entre papeles, mates y amenas charlas con sus compañeros. Presentes distintos limitan el uso de la matriz del buen policía; el sacrificio como repertorio relacional está más a manos de uno que otros.

En el cuarto tipo y como afirmamos anteriormente, es muy común escuchar a nuestros informantes argumentar que el hacer policial es posible solo si existe una alta dosis de vocación. Repiten que solo aquellos que anhelan fervientemente servir a la sociedad pueden querer arriesgar su vida por míseros sueldos en un contexto de desconocimiento de esta entrega. Así, la disposición de servicio se contrapone a la ingratitud social. Ahora bien, este discurso vocacional es adquirido por los uniformados durante su ingreso a la escuela policial. Galvani (2009) afirma que, independientemente del motivo de ingreso que los policías tengan, ellos consideran que el trabajo policial solo es posible de ser realizado si se tiene vocación. Este es el sentido desde donde la institución interpela a quienes desean ingresar a la PFA para que más tarde o más temprano

terminen leyendo su propia trayectoria a partir de este llamado vocacional. Además, la noción de vocación sirve, según Galvani (2009), para legitimar la labor al evocar el desinterés de quien lo realiza y el objetivo del bien común hacia el que se dirige.

Sin embargo, la vocación como recurso de construcción del policía ideal está desigualmente distribuido. Esta distribución desigual del repertorio tiene aquí un elemento temporal, ya que la vocación aparece como un bien antaño abundante y ahora escaso. Se dibuja un pasado –perdido– en el que se elegía ser parte de la policía por “vocación”. La presencia o ausencia de “vocación” es el hito que marca dos tipos de sujetos policiales diferenciables en el tiempo. Los policías de antaño son representados, por los policías de antaño, como vocacionales y, por ende, “verdaderos” policías. Afirman que en tiempos pasados los agentes ingresaban a la fuerza con el objeto de combatir la delincuencia, con gusto por el hacer policial, amor desinteresado por la profesión. Por el contrario, a sus ojos, los nuevos ingresantes lo hacen solo por el dinero y toman su paso en la fuerza como si fuese un trabajo ordinario. Fernando afirmaba esta idea: “Hoy más que nada se necesita gente que realmente quiera ser policía y no porque entre porque es un sueldo, porque es una obra social, ni porque es un seguro de vida”. Continuaba su alegato marcando que “ya hace años que realmente falta esa clase de gente, gente que realmente sienta querer ser policía y no que sea un trabajo más como que uno va tira el currículum y lo llaman de algún lugar como lo llaman para entrar en policía”. Querer ser policía parecía un deseo que nada tenía que ver con los fines instrumentales vinculados a la laboral. La presencia o ausencia de “vocación” es el hito que marca dos tipos de sujetos policiales diferenciables en el tiempo.

Sin embargo, la noción de vocación es compartida por muchos de los policías novatos, hasta por los que dicen que entraron a la policía por cuestiones materiales pero que dentro de la fuerza creció en ellos “la vocación”. Esta mutación está justificada en los efectos del modelo ideal del policía, modelo aprendido y aprehendido en las interacciones laborales. La relación de la figura del “verdadero policía” con la cuestión vocacional articula varios de los ejes hasta aquí analizados y nos nutre de herramientas para entender cómo la vocación se transforma en recurso de presentación. Solo aquellos que poseen una fuerte vocación policial pueden arriesgar su integridad en la lucha contra la delincuencia. Lo vocacional, entendido como desinterés material, es una característica vinculada, en el imaginario de esta representación, con el desafío al peligro. Vocación y valentía aparecen ante la mirada de nuestros interlocutores como decisiones no racionales. El “verdadero policía” es valiente cuando las situaciones ameritan cobardía, es corajudo sin calcular las posibles consecuencias negativas de sus actos. La valentía y la vocación son muestras de “desinterés” y “sacrificio”.

Cemento ambas de fronteras internas que distinguen los que poseen particularidades positivas. Los que se hacen policías en busca de un salario –al igual que los que lucran con la fuerza– y los que se esconden lejos de las calles, que es donde se encuentran los delincuentes, son concebidos negativamente por este imaginario. El “verdadero policía” es un modelo que se debe seguir –o en este caso que debe recuperarse– un modelo que no incluye a todos ni a una mayoría, pero que en cuanto legítimo moldea las interacciones dentro del mundo laboral.

Obviamente, esta legitimidad es cuestionada. Algunos policías, los más jóvenes, quienes son muchas veces acusados de ingresar a la fuerza por motivos materiales, sostienen que sus pares de antaño tenían las mismas motivaciones pero las ocultaban. Vito, quién en varias oportunidades recordó su entrada a la policía como una estrategia para esquivar la crisis económica del 2001, decía en tono irónico que los viejos policías hacían “todo por la comunidad”. La ironía ponía en duda el desinterés de sus compañeros, al iluminar sus propios intereses.

Límites y usos del modelo

El “verdadero policía” es un modelo de clasificación del mundo laboral. Modelo de presentación y representación, totalizador, que opaca las diferencias y heterogeneidades⁷. La uniformidad ha sido moneda de presentación de la “cultura policial” que aboga por la comunidad y la familia policial para construir mismidad en donde prima la diversidad. Esta estrategia, distintiva de toda estrategia identitaria, es un dato que los investigadores sociales estudiamos. Las maniobras de nuestros informantes, según interlocutores y acciones, para con el modelo exhibe las fracturas, disparidades y pluralidades al interior de un mundo que nativamente se representa uniforme.

El modelo ordena un sistema de relaciones laborales y de distinción para con los no uniformados. Esta representación moraliza las diferencias. Sin embargo nuestro análisis nos permitió no reducir los actores a los dispositivos incorporados, dar cuenta de las formas variadas de usar el modelo según las interacciones. Así los policías aparecen como sujetos no sujetos al modelo. Operadores, limitados por las jerarquías, por las tareas laborales, por el tiempo en la institución, etc. Límites varios que no impiden la faena del actuante. Observamos, entonces actores que manipulan las limitadas piezas de esta matriz relacional.

7 Analizamos hasta aquí las diversas formas de interacción que tienen los actores con el molde del “verdadero policía” cabe para futuras investigaciones estudiar cómo se construye el mismo y cuál es la incidencia de la institución en su edificación

Así el modelo promueve cursos de acción. Las relaciones sociales del mundo policial –tanto las intestinas como las exógenas– imponen un ideal del “verdadero policía”. Esta imposición obliga a que los miembros de la fuerza policial se ajusten o relacionen con dicho modelo –aceptándolo o impugnándolo parcialmente, interviniéndolo. El ideal policía –a pesar de sus críticas parciales– es tomado como ejemplo y “obliga” a los actores policiales a jugar con ese molde. Si bien este molde es difícilmente seguido por todos, establece modalidades más legítimas de ser policía. Cada uno de los miembros que se relacionan con este ideal tienen diferentes herramientas para ponerlo en escena. Esta puesta en escena tiene, entonces, mejores y peores actores según la diferencial distribución de estas herramientas.

Lahire (2004) sostiene que determinados universos profesionales, dotados de espíritu corporativo, buscan producir condiciones de socialización homogéneas y coherentes. Sin embargo, los actores jamás son reducibles a su ser profesional. La institución policial intenta crear condiciones de socialización que restringen la heterogeneidad de los actores solo a su dimensión profesional, pretende fundar una configuración que borre la diversidad, crear una imagen que los defina y diferencie. Pero este ejercicio es imposible, dado que las formas de socialización de los uniformados no se reducen al mundo policial.

Los usos del modelo nos muestran, por un lado, disciplinamiento al molde y, por el otro, impugnaciones, negaciones, aceptaciones contextuales y rechazos situacionales. Los usos, que hacen por ejemplo las policías y los oficiales, pueden ser entendidos como tácticas de resistencia, espacios de fuga que no buscan cambiar la lógica de esa representación pero que la adecuan a su lugar en el campo. No desean cambiar esta estructura simbólica para no desdibujar aquello que distingue a la policía de la sociedad pero se aprovechan de las sombras del modelo para posicionarse en la diversidad.

Mientras así sea, este ideal de policía, define lo que está bien y lo que está mal, constituyéndose como una –de varias– medida de valor del accionar policial. Míguez e Isla sostienen que “solo cuando un sujeto reconoce que su estatus o prestigio en su grupo de pertenencia será establecido en función del apego de su conducta a un marco valorativo determinado es que este tendrá efectos sobre sus acciones.” (2010:71). en cuanto los sistemas de prestigio policiales se ajusten al ideal del “verdadero policía”, como clave de pertenencia y distinción, este seguirá siendo el parámetro sobre el que los actores evalúen sus formas de acción.

Por otro lado, sería de una gran miopía analítica negar que las formas de interacción del mundo policial –donde se busca legitimar un modelo– se sedimentan en formas de ver el mundo y de actuar. Las interacciones cotidianas, atiborradas de valores morales, sentidos

y esquemas de percepción, son incorporadas por los uniformados. Estos entrelazan —a veces armónicamente a veces conflictivamente— esquemas diversos de percepción del mundo, que se ponen en escena según los diferentes contextos e interacciones.

Ahora bien, la incorporación de este modelo es diferente según los actores. Los modos de ser policía, surgen de la articulación del ideal con las características de cada actor. Género, clase y edad son variables que desdibujan los efectos homogeneizantes del molde. En la interiorización de la configuración de un modo de ser policía es relevante la particularidad de cada actor (Suarez de Garay, 2005); particularidad que es el resultado de las diversas tramas relacionales en las que está y/o estuvo inserto.

Palabras finales

La matriz legítima representaciones de lo que sería el “verdadero policía”. Entre estos valores se destaca la sobrevalorización de las imágenes de sacrificio y desinterés. Opaca el modelo otras formas de ser policía y de pensarse como tal, formas que existen aunque no poseen la legitimidad que tienen los valores que aquí analizamos. El ideal funciona como molde, como pertenencia, para los actores que transitan la institución policial, sin importar si alguien lo encarna fielmente. El ideal los distingue de lo que queda por fuera del mundo policial. El modelo es un límite identitario. Existe en el mundo policial una pluralidad de formas de ser policía que se encuentran con un mandato que estipula formas ideales, modelos y moldes.

Por otro lado, vale insistir con un punto que hemos mencionado en varias oportunidades. La configuración de un modelo policial es el resultado de la trama de relaciones sociales que establecen los diferentes actores de la institución policial con la sociedad que los cobija. El ideal policial no se construye en un mundo de interacciones autónomas, las imágenes que identifican al hacer policial con la lucha contra la delincuencia superan el mundo de los uniformados. Como sostienen Tiscornia y Sarabayrouse (2004), los policías comparten la sociedad que presenta la temática de la inseguridad como guerra, represión e intolerancia. El sacrificio se asocia a esta guerra en cuanto imagen. Observamos, entonces, que el desinterés y el sacrificio son imágenes asociadas a múltiples actores por fuera del mundo policial.

Los policías con el objeto de sustentar su distinción hacen alarde de la autonomía cultural de su universo; sin embargo, esto es solo un dato del imaginario de la fuerza. Nuestros interlocutores abusan de las metáforas de comunidad, de las imágenes de “familia policial” y por ello

el “nosotros” de la bonaerense, a fuerza de insistencia, termina creyendo en una autonomía inexistente. Si bien la autonomía es inexistente, las alegorías comunitarias funcionan efectivamente para delinear las imaginarias fronteras de la identidad. Existe, sin dudas, un conjunto de interacciones laborales propias del mundo policial que determinan reglas de conductas, formas de hacer, valores morales. Sin embargo, estos valores se edifican en la interacción con otros mundos morales que los nutren de argumentos. Consideramos, como Frederic (2009), que la policía no puede ser entendida como un actor aislado e independientemente de los valores que la sociedad y el Estado le asignan”.

El “verdadero policía”, como molde identitario, es relacional, es el resultado de los vínculos sociales que establecen los agentes. Por ello, la presentación de las características distintivas emerge o se escamotean según con quiénes se interactúa, en qué términos, de qué manera, en qué espacios y bajo qué condiciones. El uso estratégico de los diacríticos identitarios (Briones, 1998), se articula con la desigual distribución de estos según las herramientas sociales –como mencionábamos en el apartado anterior– junto con las jerarquías formales de la institución. Así, lo común a todos los policías son los debates, las tensiones y disyuntivas respecto al modelo policial; tensiones que se plantean según las propias trayectorias y el lugar que ocupen en el campo laboral.

Teniendo esto en cuenta se entiende, por ejemplo, que un suboficial que no posee las jerarquías para mejorar su posición en el campo y obtener prestigio, las desestima y eleva frente a ellas la importancia de “poner el cuerpo”, y hacer gala así de su sacrificio.

Bibliografía

Briones, Claudia (1998). *La alteridad del "Cuarto Mundo". Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires, Ediciones del Sol.

Frederic, Sabina (2009). *Los usos de la fuerza pública. Debates sobre militares y policías en las ciencias sociales de la democracia*. Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento.

Galeano, Diego (2011). "Caídos en cumplimiento del deber'. Notas sobre la construcción del heroísmo policial", en Galeano, Diego y Kaminsky, Gregorio (comps.): *Mirada (de) uniforme. Historia y crítica de la razón policial*. Buenos Aires, Teseo.

Galvani, Mariana (2009). *Fuerzas de Seguridad en la Argentina: un análisis sociológico y comunicacional de la construcción de identidad de/en la Policía Federal Argentina*. Tesis de doctorado, Mimeo. Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Hathazy, Paul (2006). "Orden, disciplina y sacrificio en los agentes anti-disturbios", *Apuntes de investigación* N° 11, pp. 79-104.

Humphrey, Caroline (1997). "Exemplars and rules. Aspects of the discourse of moralities in Mongolia", en Howell, Signe (comp.): *The Ethnography of Moralities*. London, Routledge.

Lahire, Bernard (2004). *El hombre plural. Los resortes de la acción*. Barcelona, Belaterra.

Míguez, Daniel e Isla, Alejandro (2010). *Entre la inseguridad y el temor: instantáneas de la sociedad actual*. Buenos Aires, Paidós.

Sirimarco, Mariana (2009). *De civil a policía. Una etnografía del proceso de incorporación a la institución policial*. Buenos Aires, Teseo.

Suarez de Garay, María Eugenia (2005). *Los policías: una averiguación antropológica*. Guadalajara, ITESO.

Tiscornia, Sofia y Sarrabayrouse, María José (2004). "Sobre la banalidad del mal, la violencia vernácula y las reconstrucciones de la historia", en

"Por el pancho y la coca". Apuntes sobre las representaciones del trabajo entre los policías...

Tiscornia, Sofía (comp.). *Burocracias y violencia: estudios de antropología jurídica*. Buenos Aires, Antropofagia.

Ugolini, Agustina (2009). "*La policía no es una fábrica*". *Usos y representaciones del tiempo en la configuración del oficio policial*. Tesis de licenciatura, Mimeo. La Plata, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata.